LA OBRA DE RIZAL.

La compleja sencillez de la obra de Rizal requeriría muchos folios para ser estudiada en su totalidad. Así, a grandes rasgos, se podría decir que nuestro gran patriota escribió dos libros (dos novelas), un número apreciable de artículos periodísticos, no muchas poesías, algunos ensayos y numerosas notas a la obra del Dr. Morga "Los sucesos de las Islas Filipinas"; notas en las que empleó meses de estudio e investigación. Al parecer muy sencillo y muy fácil. Pero ¿y toda la impetuosa atorbellinada corriente subterránea que sacó a flote esta obra, que la inspiró y que le prestó tantos acentos, posturas, actitudes y maniobras para alcanzar un fin? !Qué mundo de escondidas intenciones en la aparente ingenuidad de muchos de los diálogos de su "Noli me Tangere"! !Qué escorzos en la dialéctica de sus discursos! Y, en contraste, !qué francas y abiertas declaraciones en boca de sus personajes! !Qué desmesuradas críticas, qué acerbas acusaciones, qué tremendismo en el trazado de los cuadros trágicos! Y, con más contraste aún, !qué conceptismo frío, meditado y a veces cruel, y qué humorismo mordaz en su segunda novela "El Filibusterismo"! La corriente subterránea que daba apariencias a las aguas de la superficie tenía que ir encontrando estrecheces en su cauce, profundidades insospechadas, remansos dilatadores, hocinos desviadores o rocas frenadoras para que a la luz del día, sobre la pradera, o encajonadas en sus riberas, las aguas discurriesen ahora saltarinas y espumosas, ahora avasalladoras e impetuosas, ahora remansadas y tranquilas, y otras veces enturbiadas y ciegas.

Habría que separar los elementos, encasillarlos, compararlos, estudiarlos y sacar las finales conclusiones correspondientes. Para ello habríamos de conocer mejor al hombre. ¿Cómo? Leyendo,

además de su vida y de sus obras, su epistolario. Las cartas, escritas para aquellos que creemos que nos sabrán comprender, constituyen el reflejo más sincero del hombre. Yo no he tenido tiempo de leer las de Rizal. Y he de tratar el tema de un modo general. El tiempo de que dispongo es también limitado y el estudio ha de ser una síntesis más o menos concreta.

Empecemos dividiendo el trabajo en "poesía de Rizal" y "prosa de Rizal".

Pero antes quiero decir que la sensibilidad extraordinaria del Patriota no se limitó a la literatura, sino que se desbordó también polifacéticamente sobre otros aspectos del arte, y fué buen pintor y excelente tallista y escultor. Si hubiera vivido treinta años más, qué cosecha de arte y de literatura no nos hubiera dejado, con la preparación que tenía ya al morir, para desarrollar una labor rápida y firme en todas las manifestaciones del arte y del saber.

. . . . . .

LA POESIA DE RIZAL

Si de lo que abunda en el corazón habla la boca, es indudable que de lo que escriben los escritores se puede deducir aquello que es más querido de su corazón. Y esto, en los poetas queda aún más acentuado, por cuanto que la poesía es generalmente una válvula de escape de ese corazón; un instrumento para hacer del sentimiento realidad verbal. Y no sólo del sentimiento sino del afán, de la ambición, del ansia de realización, del ineludible destino de crear y de educar.

Pero así como hay poetas cuya obra se ramifica en muchos aspectos del sentir y del crear, en Rizal hay una concentración de temas que convergen en un sólo punto obsesionante: el patriotismo.

Más aún, sus escasas facetas, son siempre parte del fin que

se propone: mejorar la condición política y moral de su patria, despertando todas las fuerzas que puedan servir a ese fin.

No voy a hablar, ni a analizar, ni a hacer una crítica de la obra poética de Rizal, en cuanto a su forma o a su calidad. El escribió como se escribía a fines del siglo diecinueve, de una manera clásico-romántica, con sus figuras retóricas de la época y sus énfasis teatrales; expresión recta y abierta, sin rebuscamientos cerebrales ni conceptismos laberínticos. Poesía para despertar y sacudir modorras, más que para sumir el alma en nirvanas de lo abstracto y lo subconsciente; poesía que decía lo que quería decir e intentaba ser palanca que hidera saltar el alma del lector hasta lo más alto de la emoción.

Así escribió, y no iré más lejos para desmenuzar lo que su potente personalidad puso, como parte original, en su manera de hacer versos. Pero sí quiero decir a aquéllos que al hacer una crítica de su poesía encontraron en ella defectos de forma y hasta de sintaxis, que Rizal no intentó hacer obra poética para dejarla a la posteridad, porque no tuvo tiempo para ello, reclamado como estaba por otros quehaceres que consideraba mucho más urgentes, y que, si como un desahogo ineludible de su ánimo escribió en verso, fué sólo para eso, para verter sus lágrimas o su alegría, (mucho más llanto que risa) en esa fórmula milagrosa de la intimidad del alma, que es la poesía. Luego no encontró la hora ni el minuto para pulir sus versos, para corregirlos, para perfeccionarlos. Si hubiera podido hacerlo nos hubiera dejado una obra acabada, porque para ello contaba con una preparación sólida y una personalidad singular. Y no olvidemos que Rizal murió muy joven, a los treinta y seis años.

A pesar de todo, su poesía tiene una fuerza considerable en su didáctica, en su ternura, en su melancolía y en su obsesión patriótica. También la tenía en sus ráfagas de desilusionado pesimismo. Y fuerza ciclópea en la exaltación de sus ideales.

Jiménez Caballero al referirse a los libertadores de los países hispanoamericanos, llamó a Rizal "el ángel". Yo digo que era el arcángel: el ángel jefe, el batallador, el caudillo; pero su espada era el espíritu fraguado en rayo, hendiendo los espacios hacia las nubes: rayo de abajo a arriba, con misión, no de demoler, sino de elevar. Es extraordinario cómo este hombre, nacido y educado en un país con una dominación de siglos, entre un pueblo que arrastraba en su tristeza un complejo de irremediabilidad, llevase dentro de sí ese don de caudillaje sin ejército, esa visión profética sin profecía, esa fuerza de milagro que le indujese a arrogarse el papel de redentor sin más instrumento que su corazón y que su cruz. ¿Qué fuerza moral no era la suya para atreverse a lanzar el primer grito de protesta, a hacer el primer movimiento de sacudida, a esgrimir el dedo para señalar a cada cual, con su responsabilidad? ¿Y a poner en movimiento a una masa dormida e inmovilizada por el "para qué" de lo imposible? Rizal lo hizo buscando primero la colaboración de la juventud -el material humano que todavía no conociese la desilusión-, apelando a su espíritu para que lo pusiese al servicio del arte y de la literatura en un intento de refinarles intelectualmente. Así le vemos en el verso titulado "A la juventud filipina":

Vuela, genio grandioso:
infúndeles el noble pensamiento
que lance vigoroso,
más rápido que el viento
su mente virgen al glorioso asiento.

Pero también encontramos en los versos de Rizal la paciencia, la humildad, la ponderación y un gran perfecto espíritu cristiano. Su alto civismo le llevó a amar el progreso como un instrumento y un camino a la libertad, y todo lo quiere conseguir por el camino de la razón contra el atropello, de la paz contra la guerra.

Hay unas líneas suyas que nos demuestran esto más que nada

en "El Agua y el Fuego".

El símbolo es perfecto: "Vivamos en sosiego, y el incendio jamás luchar nos vea". Aprovechemos nuestra fuerza para empujar el mundo hacia el progreso. Este es el Rizal pacífico y pacifista, aunque sin renunciar por ello ni un momento, a la lucha, con el raciocinio.

Faceta importante en la poesía de Rizal es su ternura en todo: en su nostalgia por su patria y en el pesimismo de su desilusión: A veces la cruz pesa demasiado, el calvario se hace tan largo que pierde la esperanza de la cúspide con su sol y su descanso. Ni siquiera vislumbra la posibilidad de la inmolación que sirva de redención para su pueblo. Y escribe su nostalgia en "A las flores de Heidelberg" y su desilusión en "Me piden versos".

"¡Id a mi patria, extranjeras flores,
sembradas del viajero en el camino,
y bajo su azul cielo,
que guarda mis amores,
contad del peregrino
la fe que alienta por su patrio suelo!

Rizal amó intensamente a su madre. Llevaba tiempo sin hacer versos y ésta le escribió pidiéndole le enviase alguno, porque echaba de menos su poesía. Rizal estaba entonces en lo más arduo de sus estudios y no había voz en su pecho para cantar. Pero la súplica de su madre taló un claro en el tupido boscaje de su batallar y escribió para complacerla "Me piden versos":

¡La dejé!... mis patrios lares,
¡árbol despojado y seco!,
ya no repiten el eco
de mis pasados cantares.
Yo crucé los vastos mares,
ansiando cambiar de suerte,
y mi locura no advierte
que, en vez del bien que buscaba,
el mar conmigo surcaba
el espectro de la muerte.

Para mí ésta es la poesía más perfecta de Rizal como versificación y como contenido. Sólo su "Ultimo Adios" pudiera mejorar las décimas que nos pintan la personalidad desencantada de Rizal, en un momento en que pensó que sólo a su madre podía confiar su

desaliento. Hay una deliciosa musicalidad en este poema, un fluir de agua clara y un rebrinco de espuma en la melancolía de su torrentera, discurriendo por la hendidura obscura de una sima. ¿Era ya un presentimiento? Quizás...

Luego vuelve por segunda vez a la Patria y el gobierno de Manila le deporta a Dapitan. Allí, alejado de todo contacto social, se enfrenta con la naturaleza virgen y se funde con ella escuchando e interpretando sus voces. Su sensibilidad se afina aún más, y el recuerdo surge en toda su plenitud. Hace un minucioso recuento de su pasado, aquilata lo que él llama su fracaso y hasta lo agradece en el goce de su soledad.

Rizal capta el matiz de cada cosa y percibe el sonido de todos los elementos, el arroyo, el mar, la brisa, el viento, el canto de los pájaros, el ladrido del perro, el rugir de la tormenta. Ya no sabemos si su cuerpo se ha hecho espíritu o si su alma guarda sólo vestigios de su materia. El hombre se torna transparente y la luz traspasa su carne para hacer visible el rosado fluir de su sangre. Y así purificado escribe "Mi retiro":

> Así pasan los días en mi oscuro retiro,
> desterrado del mundo donde un tiempo viví;
> de mi rara fortuna la Providencia admiro:
> !Guijarro abandonado, que al musgo sólo aspiro
> para ocultar a todos el mundo que hay en mí!

En esta creación Rizal ya es sólo poesía: altura de miras, ansia de aires puros, asco de lo innoble. El era así: puro y honrado y heroico: con la verdad (su verdad) por escudo, incapaz del engaño o de la traición .

Comprende que en el aire viciado de la vida no puede ser feliz porque se asfixia al respirarlo. Y agradece a la tormenta y a los vientos del cielo el que hubiesen abatido su "incierto vuelo" dejándole en una playa de su país natal.

En la víspera de su ejecución escribe su "Ultimo Adios" donde se nos da la pintura exacta de su reciedumbre, de su temple

heroico, de la fortaleza de su fe, de su perfecto espíritu cristiano, de su inconmensurable patriotismo y de su amor a España. No hay en esta poesía ni un reproche ni un atisbo de rencor: sólo perdón, recuerdo, amor, piedad, y un ofrecer generoso de su vida y de su sangre a su patria, por su libertad. Para dárselo todo le ofrece hasta sus cenizas como alfombra de su suelo.

Esta poesía compendia y concentra hasta lo infinito su amor a la patria y hace patente que la única palpitación de su vida fué este afán por verla grande y respetada.

Ella retrata al hombre que con su grandeza, con su fe, con su heroismo, con el vuelo de su ideal, con el esfuerzo de su espíritu, con el arma de la razón y de la justicia, con el aliento de su alma, con el empuje de su corazón y con la espada arcángélica de su luz y de su verdad, logró la libertad de su patria, sin más violencia por su parte que el generoso derramar su sangre, en un amanecer de gloriosa redención.

. . . . . .

LA PROSA DE RIZAL

La prosa de Rizal tiene dos obras importantes: sus dos novelas: el "Noli me tangere" y "El Filibusterismo".

En Rizal, más que en ningún otro hombre es difícil separar la obra de su autor. Porque Rizal no escribió nada que no estuviese de acuerdo con su idea fija: el amor a su Patria. Todo en él giraba en torno a servirla, enaltecerla, redimirla. Y el camino escogido para este servicio tenía que ser, según él, la elevación moral del filipino por medio de la cultura. Y Rizal lo emprendió desde niño. Era tan tenaz y tan impetuosa esta idea del engrandecimiento de su Patria, que los psiquíatras la incluirían hoy en el ámbito de los complejos. Y buscarían la causa de este complejo, y recordarían la niñez de Rizal en su

pueblo de Calamba, con toda la historia desgraciada de sus padres relacionada con sus medios de vida en dicho lugar. Enlazarían esta historia con el extremado amor que Rizal sintió por todos los miembros de su familia y con el odio irreprimible y avasallador que permaneció en su corazón durante su vida hacia los que creía culpables de la desgracia de los suyos y de su Patria. He aquí el resorte secreto que conmovió toda el alma de Rizal, la torrentera soterrada que afloró en literatura, en actos, en un incesante estudio y en un trabajar sinn descanso por romper el encanto que tenía aprisionado a su país dentro de un sistema sostenido, no sólo por gentes de fuera, sino por las suyas propias.

Quiso saber si lo que sucedía en su Patria, era algo normal también en el mundo entero; un defecto general inherente al ser humano, o sólo arraigado en su tierra. Y marchó a España. Estudió Medicina y Filosofía y Letras simultáneamente. Era pobre y su único goce fué la satisfacción del saber, de comprobar que existía la libertad en España, y un calor fraternal que encontró en los españoles de amplio criterio con quienes trató.

Terminado el ciclo de sus estudios pasó a Francia y a Alemania para asimilar también el pensamiento europeo fuera de lo que él llamaba su segunda Patria: España. El orden, la justicia, la organización de los alemanes, le subyugaron. Hizo importantes amistades y completó allí sus estudios sobre las razas humanas. Era una obsesión para Rizal la distinción que se había trazado en el mundo entre las diferentes razas, y no encontró diferencia intelectual ni moral entre la blanca y la malaya. Pero tenía que probarlo y lo hizo con el ejemplo, llegando a lo que podía llegar un hombre europeo: calificaciones brillantes en los estudios, y realización de trabajos que llamasen la atención en el emporio del saber que era Europa. Pero siempre sirviendo a la Patria. Y ya antes de salir de España había comenzado y tenía

adelantada su novela "Noli me tangere", que siguió escribiendo en París y terminó en Alemania.

La finalidad de esta obra era ante todo airear los vicios de una administración que por su lejanía de la metrópoli, y por imposibilidad de desligar de ella factores morales muy importantes, tenía atenazada el alma del indígena, haciéndola cómplice de la misma, por pobreza moral en algunos individuos y por fanatismo religioso en otros. Pero al exponer este cáncer social (así lo llamaba Rizal) no buscaba ni una revolución para derrocar el régimen español, ni siquiera una fórmula pacifista para obtener la independencia, sino simplemente impresionar al gobierno de la Metrópoli para que abriese un camino por el cual llegase al pueblo filipino la cultura progresista y moderna de Europa, con participación en el gobierno mediante una representación en las Cortes.

Con gran habilidad, Rizal entabla en su novela, diálogos entre Ibarra y Elías, para refutar la postura violenta del filipino, impaciente revolucionario, con teorías suyas de progreso paulatino, que alcanzase las metas sin derramamiento de sangre. Pero este diálogo, que yo me imagino surgido de sí mismo entre dos personalidades propias, pero distintas, resultó un arma de doble filo, por cuanto lo popular, lo vehemente, lo violento suele llegar más al ser humano que la lógica pacifista.

El efecto de la novela fué devastador en las Islas, no tanto por lo que desenmascaraba, sino por lo que significaba el valor de exponerlo en un país donde ningún filipino hubiese soñado que se pudiese realizar. El más competente biógrafo de Rizal, Retana, al hacer la crítica del libro, habla de él, sólo como buen instrumento de propaganda y califica de mediocre la novela. No soy de la misma opinión.

La obra, literariamente, tiene grandes defectos de redacción, de gramática, de sintaxis, pero como novela no puede envidiar a las de su época, porque está bien construída, con un excelente

colorido en su ambientación, con sus personajes bien definidos y firmemente sostenidos los caracteres a través de la obra; la gradación, el matiz y el "suspense" están bien equilibrados y hábilmente logrados, y la terminación de cada capítulo lleva un énfasis literario muy encomiable. La obra emociona y a veces subyuga, y esto es una clara evidencia de que está artísticamente realizada. Además el diálogo es flexible y suelto y toda la novela lleva el sello grácil de lo espontáneo.

Pero a pesar de la clara intención del autor, sus paisanos torcieron su interpretación y con ella comenzó un desasosiego nacionalista, germinando el embrión de la rebeldía. Mucha culpa de ello tuvo la importancia que la dieron sus propios enemigos, y lo que se ocuparon de ella, no para desvirtuarla, sino para perseguir al autor. Este dejó su país, bastante desilusionado, y volvió a Europa por la ruta del Pacífico, pasando por Hongkong, lugar de exilio y centro de propaganda nacionalista por parte de los exilados. Pero no hizo labor entre ellos en el corto espacio de quince días que permaneció en el lugar. Prueba clara de su desacuerdo con los procedimientos que empleaban.

Pasando por el Japón, donde en un mes aprendió el japonés, atravesó el Pacífico y los Estados Unidos -país que no le gustó especialmente por su racismo abierto-, y recaló en Londres, donde se puso a estudiar -principalmente en la Biblioteca del British Museum- todo lo relacionado con el pueblo Malayo. De allí obtuvo la casi totalidad del material que empleó para las anotaciones en el libro de Morga, antes mencionado. Naturalmente, cayó en graves errores, porque el inglés, artífice principal de la leyenda negra por sus apetencias imperialistas y por el caudillaje de la religión protestante frente a la campeona del Catolicismo que fué España, escribió todo lo que pudo para desacreditar a ésta, exaltando a sus enemigos y colgándoles oropeles con que adornar sus fachadas. Retana, repito, el más imparcial y más completo biógra

fo de Rizal, desautorizó muchas de las pretendidas pruebas, y las conclusiones sacadas por Rizal de sus investigaciones, conducentes a magnificar el estado de su país en el momento en que llegaron a él los españoles. Rizal, que era sincero, se ilusionó muchísimo con la posesión de lo que él creía una verdad y soñó con reunir muchas más pruebas en los propios países orientales vecinos a Filipinas, para una terminante exposición de los hechos que él creía auténticos. Pero no le dió tiempo y probablemente no los hubiera encontrado donde podían existir. Nadie los ha encontrado hasta ahora.

Pero su trabajo en Londres fué largo y meritorio. Hizo reimprimir la obra de Morga que estaba agotada, con los comentarios aludidos, y comenzó a escribir su segunda novela, "El Filibusterismo". Allí cultivó la escultura, realizando varios trabajos; puso notas a un códice chino de la Edad Media y escribió artículos en inglés, uno de los cuales, "Two Eastern Fables" mereció la glosa en un Congreso Internacional , por parte del profesor Kern. Dibujaba y pasaba los domingos con el Dr. Rost, insigne malayólogo.

Por asuntos íntimos sentimentaless se trasladó a París, donde terminó "El Filibusterismo", que publicó en Bélgica, obra que no puso a la venta, reservando íntegra la edición para irla enviando a Filipinas a través de Hongkong.

Esta obra tiene menos de novela que la otra. Ha perdido su ingenuidad, pero es mucho más perfecta en forma y en la corrección del idioma. Su sintaxis, su gramática y la construcción de las oraciones son casi perfectas.

Se ha dicho de ella que no está ambientada, que el personaje central es falso, que es demasiado discursivo y fríamente científico. En parte tiene razón el que así la califica, pero sólo en parte. Lo que ocurre es que al ganar en forma, en estilización, pierde en fragancia y en espontaneidad. Lo que ocurre tam

bién es que Rizal sabía ya mucho más de todo cuando la escribió, y le venció la vanidad de no dejarse nada en el tintero. Era filósofo y usó de ese lenguaje técnico, pero fría, de la Filosofía. Así le resultó una novela erudita y algo envarada, pero que a pesar de ello conserva cierto tipismo, y es fiel en la conducta de sus caracteres.

El protagonista carece en absoluto de ingenuidad, es cínico, es revolucionario, es anarquista, y el contraste entre el "Noli" y "El Filibusterismo" está en que mientras en la primera novela el que viene del extranjero, Ibarra, predica los medios progresivos y pacíficos a los que dentro del país desean actuar con balas, ahora, en "El Filibusterismo", el falso extranjero predica la violencia hasta la saciedad, el vicio, la falsía para alcanzar un fin, y son los de dentro los que le combaten con las ideas que sembró Ibarra. ¿Es que el autor quiere reconocer el triunfo del ideario propagado en su primera novela, pero convencido de su nulidad, desea que se tome otro camino?

No olvidemos que Simoun es el propio Ibarra, que vuelve al país con el único fin de libertar a su amada, encerrada en un convento -por todos los medios, aun con los más criminales que necesite emplear-. Es pues el mismo corazón, la misma pasión, pero ya cambiados por la amargura y la desesperación.

Esta desesperación del personaje central puede ser también la desesperación de Rizal. Estuvo en España otra vez antes de imprimir la novela, donde procuró agotar todos los recursos pacíficos para conseguir las deseadas reformas. Dió actividad inusitada a la Asociación Hispano Filipina, que él no había fundado, y escribió cuanto pudo a su órgano oficial, La Solidaridad, aunque tampoco nació de él. Pero todo en vano. En España existía una lucha de ideales políticos y esta lucha repercutía en las de Filipinas. No pudo obtener ayuda, a pesar de la buena voluntad de algunos ilustres españoles. Al mismo tiempo le llegaban car-

tas hablándole de los atropellos de que eran objeto sus familiares y del prolongado pleito de Calamba. Se marchó de Madrid convencido de que sus esfuerzos no podían conducir a nada. Estaba solo porque no creía ya en sus paisanos, cuyos procedimientos eran distintos de los que él había soñado como hombre de bien, como ser supercivilizado. Quizás dudase ya hasta de la fuerza de su razón.

Pero él no podía detenerse. Había presentido muchas veces la muerte por la Patria y la había deseado. Ahora la deseaba aún más. Llevaba encima el remordimiento de que por su culpa sufrían persecución los seres más queridos de su alma. Alguna vez en esta época pensó dejarlo todo y llevárselos a Europa para terminar los días tranquilamente, pero ellos no quisieron dejar el país. Cuando se enteró de que se había llevado a cabo el desahucio de los colonos de Calamba y que los suyos habías sido deportados a Joló por rebeldía, le dolió tanto el alma que rompió la pluma y no volvió a escribir en algún tiempo. Se fué a Hongkong para acercarse a ellos y con la idea de regresar a Filipinas. Su segunda novela no pudo apenas llegar a manos de sus paisanos porque las autoridades españolas se fueron incautando de los envíos y los destruyeron.

Por fin consiguió entrar en Manila con permiso del Gobernador, bajo promesa de no dedicarse a actividades políticas. Pero una vez allí, fué arrastrado por la tentación de realizarlas. Era la primera vez que Rizal actuaba deslealmente, aprovechando la benevolencia del Gobernador español para con los agitadores. ¿Hemos de afear su conducta por esto? No, si sentimos la Patria como la sentía él. Era su última y única oportunidad, su único atajo para llegar a una meta, a la cual no había podido acercarse siquiera, por el camino real de las hidalguías y las caballerosidades. En una semana fundó la Liga Filipina, cuyos Estatutos había escrito en Hongkong y estaban ya distribuídos, y puso

en marcha esa sociedad que, aunque se eclipsó, sería la base para la liberación de su Patria. Al cabo de ese tiempo, le detuvieron y le desterraron a Dapitan. Allí estuvo cuatro años, en una soledad que le ayudó a meditar; donde la desilusión acabó por empapar su alma, donde cumplió fielmente sus compromisos con el Gobierno, absteniéndose de todo contacto con la política, donde se dedicó a trabajos ajenos a dicha política, donde la casualidad le envió un amor y de donde salió para embarcar para Cuba sirviendo a España.

Sus paisanos mientras tanto desencadenaban la revolución, usando el prestigio de su hombre e intentando contar con su aprobación, pero sin conseguirlo. El resto es ya bien sabido. Mientras viajaba, arreciaron las acusaciones contra él, se le arrestó antes de llegar a España, lo devolvieron a su país.

El 30 de Diciembre de 1898 moría fusilado en la campo de Bagumbayan.

. . . . . .

¿Cuál ha sido, pues, la obra de Rizal? Si por obra entendemos la producción, la suma de sus trabajos, independientemente del resultado obtenido, esta obra ha quedado expuesta ya; pero si la obra ha de ser dicho resultado o el fin alcanzado, hemos de preguntarnos aún, cuál ha sido su obra.

A sesenta y tres años de su muerte, ningún filipino debe recordar quién tuvo la culpa de ella: menos aún alimentar odios y dejarlos caer injustamente sobre ciudadanos de la nación que fué Patria de los culpables. Y muchos menos aún sobre la misma nación. Acordarse, sí, que esa nación hizo leyes, que si hubiesen sido cumplidas, hubiesen evitado la pérdida del gran patriota, hubiesen evitado también el estado de cosas que dió lugar a los acontecimientos lamentables; acordarse que aún en aquella época, miles de españoles, muchos miles, amaban a Rizal, condenaron su ejecución y hubiesen hecho todo lo posible por evitarla.

La Historia sigue su curso y se va repitiendo. El caso nuestro es el caso de todas las naciones del mundo . Pero todas han olvidado el error o la injusticia para acordarse sólo del héroe, del mártir, para enaltecerlo cristianamente, patrióticamente. Y lo mismo que hablo de naciones, hablo de corporaciones, de sociedades y de sus miembros. Que sea Dios el que administre la justicia.

Dicho esto, quiero resaltar que la obra de Rizal exige un remate para que tenga efectividad y que somos nosotros, los filipinos -los que han sido, los que somos y los que serán- quienes debemos conservarla viva. Para que ella resulte obra al fin, han de apreciarse sus efectos en nuestro modo de vivir. La obra fué altamente aleccionadora, fué intencionadamente didáctica. Quiso enseñarnos cómo se debe llegar al goce de la más alta prerrogativa del hombre, de la libertad, por el camino de la espiritualidad, del bien practicado, del amor entre los compatriotas, y de un proceder caballerosamente honrado, dentro de una moral y de una ética en las relaciones comerciales, en el compañerismo profesional, en la lealtad con el amigo y en el cumplimiento de los deberes. Quiso enseñarnos que cultivando la inteligencia, con el conocimiento de la vida, de la Historia, de las ciencias y de las artes, se llega a una sensibilidad y a un refinamiento que nos hacen acreedores al respeto del mundo. Quiso decirnos, y nos lo dijo, que la dignidad es un atributo que nos aleja del bruto y nos acerca al Creador, que la adoración del Becerro de Oro y la adulación al poder y a la riqueza son una vileza que degrada. Y que la pobreza no es una vergüenza ni el trabajo un desdoro.

Y bien, no voy a ser yo la que ha de decir aquí si estamos honrando al patriota llevando esa vida recta que quiso inculcarnos. Pido en cambio, a todos los filipinos, que nos preguntemos a nosotros mismos, cada uno en nuestro círculo de acción,

si hemos hecho honor al testamento espiritual de Rizal o si sólo llevamos su nombre a flor de labios y en nuestra patriotería. Que el juez se pregunte: "¿Hago justicia y doy lo suyo al pobre y al débil?". Y el comerciante, si vende sin fraude y con la ganancia lícita; y el artista y el hombre de letras, si trabajan por una causa noble; y el funcionario público, si da su esfuerzo a la nación sin admitir sobornos vergonzosos; y el industrial, si produce limpiamente lo que exige la economía del país; y el hombre de negocios y de la Bolsa, si procede lealmente sin enjuagues de noticias sensacionalistas que arrasan los pequeños ahorros de los ingenuos; y el gobernante, si hace honor a la confianza que depositaron en él sus electores, defendiendo sus intereses, sin prestarle gran parte del presupuesto votado para su bienestar, si actúa sin favoritismos, si no se deja comprar traicionando a la nación que gobierna; y la mujer, si vela por su hogar, y el varón, si defiende y educa a sus hijos.

Los que no podamos dar una respuesta afirmativa seremos más responsables de la sangre de Rizal que los que dieron la orden de fuego para verterla, porque Rizal murió para evitar esos mismos vicios y esas indignidades que ahora aún se siguen practicando en su Patria, y no como colonizadores extraños, sino como caínes de nuestra raza.

Y malhaya, como dice el Evangelio, del que malogró la buena semilla sembrada.

Adelina Gurrea.